

El pueblo empuñando las armas para conquistar su independencia, éra omnipotente.

Maximiliano había dicho tres años después de su advenimiento al trono, su última palabra.

El pueblo había dicho la suya desde que las naves extranjeras entraron en las inquietas aguas del Golfo mexicano.

Había decretado la victoria, como los convencionales de la revolución francesa!

El descomulgado de un partido al ver prodigo á su jefe solo puede compararse al de una tripulación el saber que el piloto y el capitán se han lanzado en una lancha abandonando el buque que comienza á devorar el fuego.

La revolución de México es un fenómeno que se ha desarrollado en el seno de la civilización moderna, y que ha sido el resultado de las luchas y de las aspiraciones de un pueblo que se ha levantado contra el yugo extranjero.

Maximiliano recibió ese mismo día á Márquez y Miramón, y combatió con un plan de campaña, haciendo ilusiones, y pintándose horizontes color de rosa, sobre los que la mano del destino tendió un velo mortuorio.

Aquellos dos señores de la rebelión y de la sazónada participación del empuñamiento de su señor, y consultando en su ambición lo que esperaban en el porvenir, embayaron la bandera de los gritos y puestos al frente del ejército imperial, se creyeron dueños de la situación, pensando en renovar los días gloriosos de la revolución de reforma, en que la suerte coronaba sus estandartes y sus armas se abrían paso entre las filas indisciplinadas de la República.

¿Sueño insensato! En el momento que se abría el teatro de la guerra, los tiempos habían variado, los soldados de la independencia se habían hecho en los encuentros de tres años consecutivos de combates, se habían hecho veteranos.

Las chamas se habían improvisado en ejércitos.

se ocupaban en burlar á los conservadores sobre el asunto intervencionista, y alzaban el grito á la altura de la trompeta final pregonando la salida de las tropas expedicionarias, contando este augeo en metros, rimas y prosa. — Este periódico, decía don Modesto á su desolada esposa, tiene su chí-pa, no se le puede negar: voy á leerle los versillos que no son de lo peor; como ya nos hemos desahogado, nos satisface ver estirizados á esos caribes. Oye la letra. Que se me va un mí francés.

Protopia la Bulli-bullí.
Herminia mujer,
La de los dices postizas
Que compró á manillar Macé,
La de flexible cintura
Delgada como un tonel,
La de las cejas tendidas
Con punta de ballesta,
La joven más á la moda,
Joven más á la moda,
La que ama fuerosamente
Al argento Copete,
Gendarme, según se dice,
O cazador de Yincenas.

La escena había cambiado por completo en la casa de los Fajardos. Los antiguos amigos y partidarios del diplomático faltaban de la tertulia.

Todo el alboroto de los primeros días se había extinguido al soplo de los acontecimientos que anunciaban la caída del imperio.

Don Modesto, hombre acomodaticio en la política, comenzó por empaquetar cuidadosamente su uniforme, y encerrar en su caja la cruz de la órden de Guadalupe, arrancando la cinta de los ojales de todas sus casacas, levitas y chaquetas; porque el señor de Fajardo en todas partes llevaba la condecoración.

Se suscribió al *Marqués de Caravaca*, periódico republicano, y á la *Sombra*; ambos papeles tentaban á Dios de paciencia, como suele decirse, pues se desataban terribles contra el imperio.

Era de esperarse lo que aconteció: los dos periódicos fueron suprimidos y sus redactores corrieron una suerte demasiado adversa.

Cuando pasaba la escena que vamos refiriendo, los *diarios* consabidos

se ocupaban en burlar á los conservadores sobre el fiasco intervencionista, y alzaban el grito á la altura de la trompeta final pregonando la salida de las tropas expedicionarias, contando este suceso en metros, rimas y prosa.

—Este periódico, decía don Modesto á su desolada esposa, tiene su chispa, no se le puede negar: voy á leerle los versillos que no son de lo peor; como ya nos hemos *desafrancesado*, nos satisface ver satirizados á esos caribes. Oye la letrilla *Que se me va mi frances*:

Habia decretado la victoria, como los convencionales de la revolucion francesa!

Procopia la Bulli-bulli,

Hermosísima mujer,

La de los bucles postizos

Que compró á munsieur Macé,

La de flexible cintura

Delgada como un tonel,

La de las canas teñidas

Con tintura de Bennet,

La jóven mas á la moda,

Jóven de Matusalen,

La que ama furiosamente

Al sargento Coquelet,

Gendarme, segun se dice,

O cazador de Vincennes,

Fué el que la dijo *charmanté!*

Y en tal error la hizo creer;

Procopia, repetiremos,

Llorando esclama doquier:

Estoy al volverme loca,

Sé va á marchar mi frances.

No hay remedio, yo sucumbo,

De está hecha me va á dar *fièvre*,

O el *croup*, que es importacion

Del ejército frances.

Esta ausencia me sofoca,

Me saca de quicio, me...

Por qué á este ingrato *munsieur*

Tanto he llegado á querer,

Que siento perder la vida

Ahora que le pierdo á él?....

Y si quisiera llevarme

Para su patria?... *tré bien*,

Allí me pondria de gorro

Y vestido de *muaré*;

Allí me galantearian

Todos en coro, á la vez,

Que en eso se pinta sola

La juventud *parisien*...

¡Pero no, que...!

¡Nada de eso puede ser!

Lo cierto es que se me escapa;

¡Que se me vá mi frances!

Tú el de los ojos de cielo,

El de labios de clavel,

El de cabellitos de oro,

El de sonrosada tez.

El de calzon colorado

Como bolsas de almofrez,

El de flexible cintura,

El de los enormes pies;

¡Por qué te alejas, ingrato,

Por qué me dejas, *mon cher?*

Diez y ocho meses nos quedan,

Otras en menos de un mes....

No soy tan afortunada,

No tengo yo ese *caché!*

Iré como vivandera

Cantando tras de *l'armée*,

Diciendo con voz doliente,

En tu *patrie* te veré.

Adios, trompeta de *Afric*,

Adios, ilustre frances!

—Maldita la gracia que me hacen esas sátiras de los Aristófanes y La

Fontaine! hé aquí unos parodiadores de Voltaire, sin talento, sin oportunidad.

—Y que no has visto el artículo de fondo; aquí se asegura la caída del emperador.

—Calla, Fajardo, calla, porque cometo un horror con ese papelucho.

—Oye un parrafito que no debemos echar en saco roto:

“El partido republicano queda, pues, en la lid, alentado al ver de menos treinta mil combatientes; los conservadores, separados de la política después de su protesta, y los indiferentes. La legión extranjera y la pequeña guarnición mexicana son el único sostenimiento de la administración. Un vaiven de la política del trono de Maximiliano en el cráter de un volcán.”

—Esto es inicuo! abominable!... me han encajado un coleron terrible!

—Lo peor es que no deja de ser cierto cuanto dicen estos demagogos.

—La fortuna es que nosotros en nada nos hemos mezclado, hemos cedido á la fuerza y á los compromisos; á mí, S. M. la emperatriz me encomendó la casa de los lisiados; ¡Dios mío! y qué de horrores he visto en ese abominable establecimiento! no había uno solo de esos entes que tuviese sus miembros completos, aun tengo náuseas al recordar aquellas atrocidades. Y todo eso era por servir á la humanidad, el imperio nada tiene que ver con los lisiados.

—El imperio es ahora el lisiado; porque yo estoy convencido de que esto no tiene remedio.

—Y todo por culpa del monarca que no ha protegido á la religion; porque es necesario convencerse de que sin frailes no es posible ninguna sociedad. Cuando recuerdo los dias de nuestro padre san Francisco y santo Domingo, el encuentro de los señores religiosos en la calle de santa Clara á cuyo acto le llamaban el *topcon*, y todos se abrazaban oprimiéndose dulcemente, ¡oh! y qué bien rizados llevaban los copetes! y qué bien recortados los cerquillos! y aquel taca para portar los hábitos! Dios mío! los frailes son importantísimos; qué órdenes de predicadores!... La virtud resplandecía en sus rostros relumbrosos, amoratados; me hacia gracia hasta verlos tomar polvo; ¡qué donaire! vamos, si las porterías eran unos salones de tertulia encantadores.

—Desde entonces no se han vuelto á oír aquellos sermones; hoy el padre Cavallieri estropeando el castellano.

—Es atroz! —Pues alígalas como á una lechuza! diántre! he estado... —El tiempo de Zuloaga y de Osollo no volverá, Fajardo, el venerable clero se ha hundido para siempre.

—Como dicen que la emperatriz es protestante, no hay protección ni á las religiosas.

—De esas si no tienen que hablar los demagogos, inflamadas en amor santo, no se mezclaban en nada terrenal; cierto que se volvian locas de gusto las *madrecitas* cuando triunfaba nuestro partido, ¡pero á qué se contrarian sus satisfacciones? á regalarnos rosarios, medidas, escapularios, puchas y rodeos; ¡né ahí una cosa inocentísima é inofensiva.

—¡Qué tiempos, Canuta!

—¡Qué tiempos, Fajardo!

—Aquí viene el único amigo que nos ha quedado; entra, querido Cantolla, entra y hablemos de nuestra situación.

—¿Y Efigenia? preguntó doña Canuta.

—Se ha detenido en la antesala.

—Voy á recibirla mientras ustedes arreglan el país.

—Vaya usted, mi señora doña Canuta, dijo el señor Cantolla, y se puso á charlar con el diplomático.

—Que asarado, ni que demencia! ya lo cierto está; ¡pueses, solo dale á charlar con el diplomático!

—¡Yo pensaré!... lo pensaré!... lo pensaré!... lo pensaré!

—Señora, yo no pienso nunca; ni permito que otros piensen; cuando vamos andando, que todavía me la pasaré revata á los otros capallos del regimiento.

—Es cierto: tiempos que con las conferencias de Orizava, el regimiento.

Mientras los dos hombres de Estado conversaban misteriosamente, llevaremos á nuestros lectores al corredor de la casa de don Modesto, donde pasaba una escena mas que interesante.

Doña Efigenia, esposa de Cantolla, habia dejado entrar en la sala á su consorte, deteniéndose por acaso en el corredor, donde le habia dado una cita á un individuo.

—Hace dos horas que os aguardo, con treinta mil diablos! dijo una especie de gigante vestido de cazador de Africa, y á quien sin duda no han olvidado nuestros lectores.

—Poleon!... Poleon! respondia la obesa Efigenia, la voz de tu amor y de tu ternura me conmueve.

—Rayo del cielo! esto es abusar de mi paciencia.

—Cálmate, amor mío, sabes que el tirano doméstico me sacrifica.

Pentaine! he aquí unos parodiadores... talento, sin oportu-
nidad.

—Pues ahógale como á una lechuza! diantre! he estado á pique de ser visto por el cernícalo de Mr. Fajardo, y se hubiera armado una buena!

—Ten reposo, reflexiona, ángel mio.

—Yo no soy ángel, soy un demonio que hoy hago una barbaridad!

—Yo hubiera deseado estar mas pronto á tu lado, pero...

—Estais demasiado gorda; eso se comprende á mucha distancia.

—¿Hoy es cuando te parezco deforme?

—No, desde el principio; ¡demonio! pero yo creo que os amo, y esto me trae á estos lances; yo acostumbro asistir con espada en mano á mis citas, perdonad, pero prefiero estar de guardia á andar á caballo de mata.

—Conque me amas?... ah!.... oh!.... eh!....

—Vamos, cuidado con desmayarse que tenemos mucho que arreglar.

—Habla, Poleon, habla!

—Ha llegado la hora de partir; los bagajes y acémilas salen esta noche; conque, disponde.

—Yo huir!... Dar ese escándalo!... no, parte solo con las acémilas y déjame entregada á la desesperacion de la ausencia.

—Cómo se entiende?

—Que el techo conyugal es sagrado!

—Qué sagrado, ni qué demonios! ya el carro está dispuesto, solo falta vuestro equipaje. Ah! no olvideis vuestras alhajas.

—Lo pensaré!... lo pensaré!... lo... lo... lo convencido de que esto no tiene remedio.

—Señora, yo no pienso nunca, ni permito que otros piensen; conque, vamos andando, que todavía me falta pasar revista á los otros caballos del regimiento.

Doña Efigenia enclavijó las manos, hizo media docena de visajes, y volviendo los ojos á la luna como Norma, oh! dijo; tú ves mis intenciones, astro de la noche, tú alumbras mi frente con....

—Con mil carretadas de demonios! yo no estoy para pantomimas, las mulas nos esperan.

—No puedo resolverme.

Doña Canuta estaba escuchando la conversacion tras una columna del corredor.

—Dios mio! murmuraba llena de ira, el alférez Poleon enamorado de ese hipopótamo, cuando yo era la que debía ocupar su corazon! esto es inconcebible!... se trata de un rapto, es necesario impedirlo á todo trance, mi casa no puede ser el teatro de una catástrofe, en caso de haberla, sería conmigo.... no, no puede ser.... el caso es que yo tiemblo ante ese an-

tropófago, es capaz de atravesarme, tiene unas garras de elefante..... esta Efigenia nada me habia dicho, esto no es corresponder á la confianza que yo le dispense.

Doña Efigenia, viendo que no podía contrariar á Poleon, se fingió la desmayada.

—Rayo! gritó el alférez, es imposible que cargue con esta mole, pero es necesario probar.

Avalanzóse aquel Hércules, tomó por la cintura á la esposa de Cantolla, y logró ganar la escalera y la puerta de la calle.

—Dupen! gritó el alférez á su antiguo asistente, ayúdame.

Entre los dos cazadores se llevaron la presa directamente al cuartel de caballería, donde estaban cargando los equipajes para la marcha.

III.

—Se la han llevado! dijo asustada doña Canuta asomándose por el balcón que daba á la calle; avisemos á su desgraciado esposo. De lo que se ha librado el infeliz de mi marido!

El diplomático y Cantolla hablaban acaloradamente sobre las conferencias que debian tener lugar al siguiente día en la hacienda de la Teja entre el emperador, los consejeros y el mariscal Bazaine.

—Esta nueva junta, decia Cantolla, y tenia razon, muestra que Maximiliano aun duda del camino que debe tomar.

—Es cierto: creiamos que con las conferencias de Orizava todo estaba terminado; nos hemos llevado un petardo horrible. La situacion es difícil y complicada, la retirada es violenta y en masa, la revolucion crece y se dilata, el presidente Juarez ha llegado á Zacatecas y Escobedo á San Luis, la frontera se ha perdido y Morelia está en visperas de caer, los tornillos de la máquina se han trasroscado.

—El emperador vacila; pero yo he oido hoy á dos de sus consejeros, que han prometido ponerle en el carril y hacerle llevar adelante su resolucio de aceptar de lleno todo.

—Lo dudo, amigo mio; el viento sopla del lado contrario, estamos perdidos.

—Usted ve visiones; un imperio no se deja así no mas.

—Es que los republicanos vienen como perros rabiosos, y son capaces de ahorcar hasta los espedientes.

—Como el Excmo. Sr. D. Adúltera esposa, voló á Jesucristo; y...
 —Y estás perdonada, la dijo el Señor.
 —Se conoce, dijo irritado el señor de Cantolla, que el Señor no era el marido, si nó, lejos de perdonarla, le hubiera dado unas reverendas palizas.
 —No le escasearán con el alferez Poleon, que es un bruto de primera fuerza.
 —Puesto que usted se empeña, marchó en pos de Eugenia.
 —Acaso sea tarde; las bestias deben haber salido hace una hora.
 —Es fuerza darle alcance á mi esposa.
 —Corra usted, amigo Cantolla, corra usted; acaso sea tiempo de evitar una desgracia.
 —Si, evitémosla.
 El infeliz esposo de Efigenia se paró con la mayor calma del mundo, tomó el sombrero y salió en busca de su adorada mitad.
 —Cómo, bien?
 —A mi no me parece de las más...
 —Que pasas?
 —Que sucede?
 —Canuta, dijo el diplomático, si yo me encontrase en el lugar de Cantolla, comenzaría por exigir una indemnización á la Francia.
 —Y usted cree, caballero, que hubiera suficiente dinero en el tesoro de Napoleon para indemnizarlo de mi pérdida?
 —No, amiga mia, pero yo soy poco ambicioso; unos millares de francos...
 —Calle usted, hombre imbécil!
 —Querida mia, se nos había olvidado un asunto esencial y de vital interes.
 —Cuál?
 —Vamos á caer parados si se establece la República.
 —Te chancas!
 —Para chanzas estoy.
 —Será alguna de tus majaderías diplomáticas.
 —Cuidado con la diplomacia, eso es un asunto sagrado.
 —Pues habla, para que nos entendamos.
 —La casualidad viene en nuestro auxilio, nuestra hija Luz nos salva de la catástrofe con sus relaciones con el general Fernández.

—Ay Guadalupe un alferez llamado Poleon...
 —No: yo rechazo una y cien veces la salvacion de manos de un demagogo, eso es humillante; los que hemos pertenecido á la monarquía, no nos rebajaremos hasta el grado de aceptar semejante alternativa.
 —Entonces déjame obrar con entera libertad; pero necesito de tí.
 —En qué manera?
 —Es necesario que tejas una corbata colorada; que sacudas el retrato de Zaragoza y el de Juarez; es necesario irse disponiendo.
 —Tenemos un cambio de frente?
 —No, de espaldas; porque la situacion es amarguísima.
 Doña Canuta envió por seda roja para la corbata del diplomático, y sacó de una bodega los retratos de Juarez y Zaragoza.
 La luna del imperio decididamente entraba en el cuarto menguante.
 CAPITULO TERCERO
 EL DESTINO
 I
 —Cuidado! dijo Clara, que yo tengo mis tentaciones...
 En el salon formado en los corredores de la casa de don Alfonso, por cortinas biancarrinas de gran púrpura sobre varillas que medaban de columna á columna, se encontraban las tres hermanas de esta novela: en las tres figuras interesantes, Luz, Clara y Guadalupe.
 Aquellas jóvenes hermosas como las náyades de un lago se entretenian en borrar en un bastidor una elegantísima colcha, que habian prometido á don Alfonso en cambio de unas sortijas.
 Las tres amigas rein con estrépito á causa de algunos puntos errados, que hicieron aparecer las alas de un pavo, nacimiento del pesacero.
 Las tres se disculpaban procurando que la falta recayera en las compañeras.
 Luz, que tenia un humor bellísimo, dijo á Clara:
 —Recuerdas el vestuario que le hicieron llevar á mamá en el peinado la noche del baile?
 —Fué de mala intencion.
 —Yo estaba quemada.
 —Y yo fría.